

Diego Irarrázaval

Profesor Instituto Superior de Teología y Pastoral “Alfonsiano”

Identidad polisémica

¿Por qué hoy vuelve a preocuparnos la identidad? Ella aparece como problemática, cuando hablamos sobre la modernidad, y sobre factores globales. La homogeneización moderna ha acentuado nuestras búsquedas de identidad y de inculturación, con resonancias sociales y eclesiales (1).

¿Qué somos? Nos envuelven poderes y tendencias autoritarias y miméticas. Como personas y grupos sociales somos heterogéneos y cambiantes. La trayectoria humana es elaborada con muchos retazos heredados y con potencialidades inéditas. Constantemente son resignificados nuestros modos de ser. Cada parte de América Latina es polifacética.

Al revisar las identidades, vemos sus plurales dimensiones y significados. Las identidades no son esencias estáticas ni son unidimensionales. Se trata pues de una temática compleja, donde conviene confrontar las perspectivas científicas con nuestras inquietudes cristianas y teológicas.

Anoto unos puntos introductorios.

- A) La intensa y fecunda producción teológica en América Latina ha tenido sus carencias; por ejemplo, han sido devaluadas las identidades, y entre las distintas corrientes ha habido poca interacción y debate.
- B) Persisten los contrastes entre lo erudito y lo sapiencial (2). El lenguaje especializado tiende a ser hermético y está segregado de la comunidad eclesial; mientras que el pueblo de Dios consolida inculturaciones y esperanzas. Entre la población y la élite hay mucha incomunicación. Por otra parte, urge el diálogo entre la reflexión creyente, las ciencias humanas, y la sabiduría del pobre. Cuando ellas no se interpelan, se empobrecen.
- C) La teología, como servicio eclesial hacia la humanidad de hoy, tiene que prestar mayor atención a “señales de los tiempos” como son las identidades. Nos

(1) Sergio Silva ha anotado que el debate sobre la globalización despierta mayor interés en el tema de la identidad (eclesial y social); ver S. Silva en *Teología y Vida* XXXVIII (1997), 150-152, y (1998) 107-109.

(2) Durante décadas Juan Carlos Scannone ha enfatizado la identidad y teología del pueblo; ver su *Evangelización, cultura y teología*, Buenos Aires: Guadalupe, 1990; algo similar es hecho por Carlos Galli, *El pueblo de Dios en los pueblos del mundo, catolicidad, encarnación e intercambio en la eclesiología actual*, Tesis en la PUCA, Buenos Aires, 1993. Otra visión: Fernando Torres y equipo, *Teología a pie, entre sueños y clamores*, Bogotá: Dimensión Educativa, 1997; Diego Irarrázaval, *Teología en la fe del pueblo*, San José: DEI, 1999.

encontramos en un terreno latinoamericano maltratado, polifacético, y con proyectos de vida. Haré algunas referencias a la situación chilena mestiza, contradictoria, y donde hay nuevas fuerzas (3).

En este ensayo anotaré interpelaciones desde nuestros contextos. Luego comentaré varios sentidos y dimensiones de la identidad, que marcan la labor teológica y que suscitan grandes interrogantes.

1. LECTURA CONTEXTUAL

Nuestra preocupación tiene sus contextos; los abordaré a través de las ciencias humanas, de la eclesialidad, y de la teología. Haré una lectura contextual, que nos permiten precisar los interrogantes sobre la identidad.

Primero: desde las ciencias humanas.

¿Cómo entendemos la identidad en la experiencia cristiana? Solemos acentuar lo cultural; pero ello es inseparable de rasgos económicos, sicosociales, biológicos, técnicos, estéticos, etc. Las ciencias modernas explican la “identidad” como relación entre la persona y la sociedad (que se desarrolla por etapas); o bien como condición pragmática del actor social reconocido por otros/as; o bien como basada en códigos interpretativos y de validación comunicativa; o como no sujeto posmoderno, etc. (4). Entonces, al hablar de “identidad” de la persona cristiana, no quiero decir que uno está inscrito en tal o cual cultura. Más bien se trata de un concepto polisémico, y que ha sido desarrollado por varias disciplinas científicas. “Identidad” no es pues algo simple y unidimensional.

Además, tomamos en cuenta la globalización y el cambio de época. Muchos científicos muestran la dialéctica entre cambios en la identidad y los factores globales; sobresalen las propuestas de construir la identidad personal; se cultivan métodos

-
- (3) Lo cultural ha sido examinado, en Chile, más con respecto a la modernización (también hay algunos trabajos sobre mestizajes y religiosidades). Ver: Hernán Godoy, *Apuntes sobre la cultura en Chile* (Valparaíso: Universitaria, 1982); Pedro Morandé, *Cultura y modernización en América Latina* (Santiago: Universidad Católica, 1984); Jorge Gissi, *Identidad latinoamericana: psicología y sociedad* (Santiago: Andes, 1987); José Joaquín Brunner, *Chile: transformaciones culturales y modernidad* (Santiago: FLACSO, 1989) y *América Latina: cultura y modernidad* (México: Grijalbo, 1992); Sonia Montecinos, *Madres y Huachos, alegorías del mestizaje chileno* (Santiago: Cuarto Propio, 1991); G. Arroyo, J. Silva, F. Verdugo (eds.), *Por los caminos de América... desafíos socioculturales a la Nueva Evangelización*, Santiago: Paulinas, 1992; Cristián Parker, *Otra Lógica en América Latina* (Santiago: FCE, 1993); Martín Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados, aventuras de la modernidad en América Latina* (Santiago: FCE, 1994); D. Irarrázaval, *Cultura y fe latinoamericanas* (Santiago: Rehue, 1994); Jorge Larraín, *Modernidad, razón e identidad en América Latina* (Santiago: Andrés Bello, 1996); Ricardo Salas, *Lo sagrado y lo humano* (Santiago: San Pablo, 1996); Leopoldo Castedo, *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana* (Santiago: Dolmen, 1999); Manuel Antonio Garretón, *Cultura y desarrollo en Chile* (Santiago: Andrés Bello, 2001); Jorge Larraín, *Identidad chilena*, Santiago: LOM, 2001; PNUD, *Desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*, Santiago: PNUD, 2002; Eugenio Tironi, *El sueño chileno, comunidad, familia y nación en el Bicentenario*, Santiago: Taurus, 2005.
- (4) Ver Pedro Guell, “Historia cultural del programa de identidad”, *Persona y Sociedad* (ILADES), X/1 (1996), 25-27. Guell subraya las matrices psicoanalíticas, pragmáticas, comunicacionales.

de autoestima y autoayuda; y es revalorizada la intimidad relacional pactada entre personas (5). Hoy la identidad es entendida como proceso de carácter local/global; esto conlleva replantear lo subjetivo y los vínculos humanos (en redes, en asociaciones voluntarias, etc.).

En estos contextos, nos preguntamos por los significados que tiene la “identidad” del ser cristiano. Rápidamente uno dice que consiste en ser fiel a Cristo; si procedemos lentamente vemos sus muchas dimensiones y condicionamientos. Por eso al hablar de lo cristiano conviene hacerlo no con una definición religiosa estática, ya que uno cree y hace teología en medio de factores sicosociales, económicos, políticos. En fin, la identidad se desenvuelve en medio de procesos humanos y de un cambio de época.

Segundo: desde la eclesialidad.

¿Qué contextos eclesiales nos motivan a reconsiderar la identidad? (6). Lo cultural ha sido tratado por el magisterio contemporáneo (Vaticano II, *Evangelii Nuntiandi*, Conferencias Episcopales en Puebla y Santo Domingo); pero no se entra a fondo en las identidades. Puebla (n. 412) menciona la identidad latinoamericana y su sustrato católico; postula que la fe forma parte de su identidad, y le da unidad espiritual al continente. Son opiniones, sin el necesario análisis y discernimiento. Santo Domingo introdujo la temática de la inculturación; que luego no ha sido trabajada en profundidad.

En nuestra Iglesia Católica hay sectores con claras identidades: movimientos laicos, clero, asociaciones de carácter cultural y espiritual. Ellos desenvuelven su acción y reflexión. Se trata de minorías. La mayor parte de personas creyentes no manifiestan identidad y militancia eclesial. Por otro lado, sectores increyentes e indiferentes tienen creciente visibilidad. Uno va constatando que la pluriforme identidad católica corresponde a minorías; pero mantenemos discursos e impactos socioculturales a gran nivel. Esta contradicción entre ser sectores minoritarios pero comportarse como mayorías implica crisis de identidad, tanto en lo subjetivo como en lo eclesial.

Por otra parte, existen diversas denominaciones cristianas, y una gama de opciones religiosas y espirituales, con estilos modernos y posmodernos. Aunque las instituciones no lo favorezcan, de hecho crecen vínculos y sensibilidades de carácter ecuménico e interreligioso. Su contraparte son los fundamentalismos. Pero en la vida ordinaria de la población tiene mayor peso la tolerancia y convivencia entre mundos diferentes. Esto motiva a que las iglesias dejen atrás sus identidades sectarias.

(5) Retomo puntos de Anthony Giddens, *Modernity and self-identity*, California: Stanford University Press, 1991, 32, 74ss, 88ss.

(6) Muchos lamentan, como lo hace el español Andrés Tornos, que nuestra teología no ha discutido la “identidad latinoamericana”; por otro lado, Fernando Castillo advertía que ninguna religión puede ser eje articulador de la identidad cultural; ver artículos de Tornos, “Perspectiva teológica sobre la identidad cultural latinoamericana”, y Castillo “Evangelio, cultura, identidad” en *Persona y Sociedad X/1* (1996), 111-119, 120-136). En cuanto a la temática de la inculturación, en torno a Santo Domingo, ver Paulo Suess, “A disputa pela inculturaçã”, en su libro *Evangelizar a partir dos projetos historicos dos outros*, Sao Paulo: Paulus, 1995, 213-238.

Tercero: desde la labor teológica.

En el abanico de reflexiones resaltan dos tendencias (7). Por un lado, la neo conservadora levanta su emblema universalista y la identidad católica. Otra gran tendencia es estar al servicio de la humanidad, lo que da sentido a la Iglesia y la teología. Son tendencias gruesas, con muchos matices. Aparecen varias maneras de entender la identidad católica. Ciertamente a cada labor teológica le preocupa ser fiel a la revelación divina, y a la vez, encarar preguntas y búsquedas humanas de hoy.

En mi caso, durante muchos años estoy disfrutando la cálida e interpellante reflexión liberadora. Ello conlleva una asociación fecunda y estimulante, e implica colaborar en un amplio proyecto humano y eclesial. En cuanto a la identidad, no es la del individuo-experto, sino más bien la de formar parte de la comunidad convocada por el Dios del pobre.

En términos tanto intelectuales como afectivos, la identidad del teólogo/a está determinada por la verdad de Dios. Esto tiene su lado problemático. Hoy resurgen actitudes apologeticas, fanáticas, propietarias de la verdad. En este contexto uno se pregunta: la adhesión a la verdad ¿es unívoca y unidimensional?, ¿es plural, y un rico proceso?

La cuestión del pluralismo tiene que ver con factores socioculturales, y con la existencia de muchos caminos hacia Dios. Lo más importante es que la labor teológica está atenta al “misterio desbordante de Dios” (Anneliese Meis); en otras palabras, se reconoce “la irreductible transcendencia de Dios a las condiciones de finitud del sujeto” (Juan Noemi) (8). En cuanto a la verdad, Noemi retoma una sabia advertencia de Paul Ricoeur: la violencia en torno a la verdad suele provenir del poder clerical y del poder político. Esto es lamentable; y tergiversa la verdad de Dios. Al misterio de la Vida nos aproximamos con palabras plurales y sin adueñarnos de la verdad.

Tenemos dos preocupaciones, articuladas entre sí. ¿Qué nos dice Dios con respecto a lo que hoy llamamos identidades?, y, estas ¿qué dicen de Dios? De esto último, anoto unos elementos. En el contexto latinoamericano se ha redescubierto que Dios se relaciona con la humanidad pobre. Esto conlleva la identidad de –con el pobre– optar por Dios. Además, en nuestro contexto grande, hay producciones con identidades teológicas emergentes. Por ejemplo, María Clara Bingemer e Ivone Gebara y Elsa Tamez, Eleazar López y Ernestina López, Antonio Aparecido da Silva y Sonia Querino, hacen teología con sus identidades feministas, indígenas, y afro-

(7) Se trata de polémicas a nivel regional y mundial. Una tendencia promueve la ambivalente cruzada por una nueva evangelización; en torno al Sínodo de 1985 se ha difundido este proyecto con una tajante identidad católica. Al respecto ver J.B. Libanio, *Igreja contemporânea, encontro com a modernidade*, São Paulo: Loyola, 2000, 158. Otra tendencia se vuelca hacia la defensa de la vida humana. Por ejemplo, Gustavo Gutierrez (“Una teología de liberación en el contexto del tercer milenio”, en VV.AA., *El futuro de la reflexión teológica en América Latina*, Bogotá: CELAM, 1996): la teología está al servicio de la vida cristiana” y la misión de la Iglesia, lo que “supone una inmersión en los grandes deseos y necesidades de los seres humanos, así como el seguimiento atento y crítico de las corrientes intelectuales de una época” (pg. 106); además retoma la opción por el pobre como eje teológico.

(8) Anneliese Meiss “Pluralidad en la teología” y Juan Noemí “A propósito del pluralismo”, en Sociedad Chilena de Teología, *Pluralidad en la Teología*, Santiago: San Pablo, 1995 (cito páginas 31 y 223).

americanas (9). Estas personas y comunidades de fe hablan con y de Dios; y lo hacen desde sus identidades y proyectos de vida.

En esta primera parte he examinado críticamente la actual preocupación por la identidad. A continuación, en forma breve presento varias dimensiones de la identidad.

2. DIMENSIONES DE LA IDENTIDAD

Pidiendo permiso a quienes trabajan como científicos sociales, entro en sus diversas aproximaciones a la “identidad”. Es evidente que existen diversos modos de entenderla. Voy a anotar seis dimensiones, que influyen en la labor teológica. Son asuntos que durante estos años más me han impactado (y por eso los he seleccionado).

Un primer aspecto de la identidad es su carácter biológico.

Como seres vivientes minúsculos –¡no dueños del universo!– estamos interconectados con otras entidades de la madre tierra y del fascinante cosmos. Nuestro imaginario es ampliado gracias a la neurociencia, la ecología, y otras ciencias de la vida. Si además uno se acerca a culturas originarias y camina entre cerros y nubes (como me ocurre en el altiplano andino), va cambiando la sensación y visión del mundo y de las personas. Redescubrimos una identidad relacional, material, y espiritualmente terrenal.

Unos grandes pasos son dados por la biología. No cabe segregarse la realidad (el objeto) de la comprensión de la realidad (por parte del sujeto). Tomo elementos de Francisco Varela (10). Cada organismo vivo es un proceso de constitución de identidad, de cualidad unitaria, en un campo de interacciones, que es fuente de significados. Así identidad y cognición están entrelazadas.

¿Qué implica esto para la teología? Podríamos ahondar las afirmaciones concretas sobre el “Dios de la vida”. Es así como nos lo revela la historia de salvación y la persona terrenal de Jesús, y, todo fenómeno de vida desde la mente hasta los microorganismos.

Esto implica que la reflexión de fe vaya dialogando con la ecología. Leonardo Boff ha desbrozado muchos senderos (11). Anota la mutua transparencia entre Dios y el mundo: “en cada expresión de vida, de inteligencia y de amor, nos descubrimos a vuelta con el Misterio del universo-en-proceso”. Es, para muchos, una mirada nueva. Nos habían enceguecidos con el antropocentrismo y su Dios-objeto. Hoy es posible volver a sentir y pensar a Dios en procesos de vida, y sintonizar el grito de la tierra que –como insiste Boff– es indesligable del grito de los pobres.

(9) Véase la identidad de algunos teólogos/as, recopilados por J.J. Tamayo y J. Bosch (eds.), *Panorama de la teología latinoamericana*, Estella: Verbo Divino, 2001, 95-114, 229-240, 317-336, 583-610, 647-660.

(10) Ver Francisco Varela, *El fenómeno de la vida*, Santiago: Dolmen, 2000, 51ss. También sobresalen los escritos de Humberto Maturana.

(11) Leonardo Boff, *Ecología*, Madrid: Trotta, 1996, 194-195.

Un segundo aspecto: la identidad de género.

Muchas personas estamos encarando la condición masculina y la femenina. Es posible dar saltos cualitativos, en la teología, gracias a estas sensibilidades y perspectivas. Estamos reconociendo (¡con vergüenza!) haber puesto entre paréntesis el ser varón y el ser mujer, al dar testimonio de la obra de Dios. Sin estas identidades uno no solo ha sido inauténtico sino que también ha ocultado aspectos de la Salvación realizada por Dios.

Uno de tantos aportes dados por la acción y visión de género es valorar la diferencia. Como dice Antonieta Potente: “el lenguaje de la diferencia es el lenguaje del Espíritu... somos esta diferencia, los seres humanos, todos los seres de la tierra y del cielo, las plantas, las flores... (y añade Antonieta) es el lenguaje del Espíritu que se mueve... sin límite y sin dejarse atrapar: no sabes de dónde viene ni adónde va (Jn 3:8)” (12). El Espíritu es fuente de relaciones e identidades fecundas; y no permite que lo divino sea atrapado por categorías androcéntricas. También se logra conjugar mejor la identidad con la diferencia; las entendemos mediante la relacionalidad.

Desde el género (como también desde el ser pueblo de Dios, y desde otros procesos humanos y místicos) sintonizamos más con la presencia y obra del Espíritu. Sin embargo, algunos ven los planteamientos de género como una amenaza a la tradición cristiana. No es así. Más bien abre puertas hacia el Misterio, y contribuye a reubicarnos en la pneumatología.

Por otro lado, uno va impugnando tanta expresión teológica que desfigura a Dios. Esto ocurre gracias a estudios y prácticas feministas; al trabajo bíblico sobre imágenes y manifestaciones de Dios; y debido al humilde acercamiento al Misterio de Dios, que reconoce limitaciones en cada lenguaje teológico. A ello se suma la lúcida crítica al marianismo-machismo latinoamericano (13). No me cabe duda que los debates con respecto a la identidad de género nos están ofreciendo nuevas pistas de espiritualidad y de reflexión.

Un tercer aspecto: la identidad social.

La convivencia social configura varios rasgos de identidad, con sus dinámicas de inclusión, diferenciación, exclusión. Me ha tocado sopesar tanto estereotipo que nos envuelve, al convivir con “otros mundos”: soy blanco en medio de indígenas, estamos en una provincia en vez de la capital, soy un acomodado en medio de pobres, en un país distinto al que he sido criado. La interacción con “otros” permite reconocer tanto estereotipo y prejuicio que nos ahoga; y también ayuda a sopesar tanta potencialidad y fuerza en la identidad de otras personas y de uno mismo.

La sociedad inculca sus pautas. Por ejemplo, inculca la fascinación ante caudillos populistas y hacia heroes “nacionales”; también la acriticidad hacia pautas androcéntricas y hacia artistas de moda, etc. Estas pautas nos aprisionan y conllevan

(12) Antonieta Potente, *Un tejido de mil colores*, Montevideo: Doble Clic, 2001, 21-22.

(13) Recomiendo los ensayos de Norma Fuller, “En torno a la polaridad marianismo-machismo” y de Sonia Montecinos “Identidades de género en América Latina”, en LG Arango *et alii*, *Género e Identidad*, Bogotá: UNIANDES, 1995, 241-264, 265-280; y de Isaac Caro, “Identidad y género en las culturas latinoamericanas”, en la ya citad *Persona y Sociedad*, 174-181.

tener identidades subordinadas e inauténticas. Por otro lado, la sensibilidad posmoderna refuerza el yo-ismo y los juegos de relaciones provisionales e insatisfactorias.

Estos fenómenos, que enmarcan identidades sociales polivalentes, constituyen un desafío para la reflexión de fe. En estas circunstancias ¿cómo comprendemos el acontecimiento de Cristo? Consideremos actitudes sicosociales y étnico-sociales. En el ámbito latinoamericano hay altos índices de depresión y una generalizada desconfianza hacia otras personas (14). En estas condiciones, ¿cómo se desenvuelve la adhesión a Cristo Resucitado; y qué aporta este misterio a una población deprimida y desconfiada? Otro terreno muy complicado es la identidad étnico-social; por ejemplo la cuestión del mestizaje. Se lo puede entender como sujeto histórico de la síntesis cultural latinoamericana (Pedro Morandé); o bien, como condición repudiada en Chile a la cual cabe reconciliarnos (Sonia Montecino); o como ingenua asimilación de la dominación, aunque también como resistencia (Helio Gallardo) (15). Pues bien, ¿tomamos en serio o damos la espalda a nuestras desconfianzas y depresiones, a nuestros mestizajes y a posturas racistas? ¿Cómo ingresan estas realidades en la Cristología que suele tener como sujeto a un “hombre” indefinido y ahistórico?

En cuarto lugar: la identidad económica.

Lo económico es terreno de humanización y espacio de fe. Lo problemático es el creciente empobrecimiento e inequidad, y la tendencia a divinizar estructuras humanas y un mercado mundial. No voy a tratar la estratificación según ingresos monetarios, y sus correspondientes formas de personalidad. Sí deseo anotar la perversa absolutización del acumular y consumir (16).

Pepi Patrón anota: “en el Perú la exacerbación de un discurso universalizante del individuo y su derecho a comprar y competir no permite hablar de comunidades, de deberes y solidaridades”. Bernardo Subercaesaux advierte: “la sociedad chilena actual se caracteriza por ser ante todo una sociedad de mercado... (ello) determina la conducta, las expectativas y preferencias” de las mayorías. A esto hay que añadir la penetración del *marketing* en el escenario religioso, y la compra/venta de bienes y servicios religiosos en el mundo moderno (17). Vale decir, debido al sistema económico hegemónico, y también desde la experiencia religiosa contemporánea, se configura una identidad idolátrica. Esto afecta el cotidiano modo de ser y de creer. Esta

(14) Tomo datos de Kathy Araujo “El goce de la globalización” en C.I. de Gregori y G. Portocarrero, *Cultura y globalización*, Lima: PUC, 1999, 292ss; Catalina Romero “Viviendo con el enemigo: la confianza en los otros en el Perú”, Páginas 160 (2001), 61, donde anota que en Chile solo el 18% y en el Perú el 13.5% dice que se puede confiar en otras personas. Los altos índices de depresión y desconfianza también son registrados en los estudios de las Naciones Unidas sobre “Desarrollo Humano” en Chile (en especial el volumen del año 2002).

(15) Véase Pedro Morandé, *Cultura y modernización...*, 153ss, y su *Iglesia y cultura en América Latina*, Lima: VE, 1990; Sonia Montecino, *Madres y Guachos...*, 152-153; Helio Gallardo, 500 años: *Fenomenología del Mestizo*, Costa Rica: DEI, 1993, 113ss.

(16) Cito a la filósofa peruana Pepi Patrón “Mercados abiertos e identidad cultural” (mimeo, pg. 42), y Bernardo Subercaesaux, “Chile, nuevo escenario cultural”, Mensaje 497 (2001), 18. Ver también Franz Hinkelammert, *Teología del mercado total*, La Paz: Hisbol, 1989, 23ss; Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos, conflictos multiculturales de la globalización*, México: Grijalbo, 1995, 79-90, 149-184.

(17) Ver Cristián Parker, *Religión y postmodernidad*, Lima: Kairós/CEPS, 1997, 71ss; y mis evaluaciones en *Audacia Evangelizadora*, Cochabamba: Verbo Divino, 2001, 75ss.

parece ser la problemática mayor en los procesos de identidad. (Si es así, ¿por qué unos asuntos de moral sexual son tema principal de pronunciamientos eclesiales? y ¿por qué no dedicarse más a desafíos éticos-económicos que tiene la humanidad?).

Por otro lado, sectores populares son geniales al sobrevivir y tejer vínculos económicos. En culturas tradicionales se venera el medio ambiente; y mucha acción económica va enmarcada por la reciprocidad y la fiesta. Otra luz de esperanza ha sido la “Red Global de Trueque de Servicios y Saberes” que reivindica la “moneda social que es una forma de transferir poder de producir y cosumir, de generar calidad de vida” (18). Estas pueden parecer cosas insignificantes ante estructuras todopoderosas. Me parece que son historias/identidades dadoras de vida, que valen más que el sistema dominante.

En el diálogo de la teología con estas dimensiones de la identidad, se va subrayando la ética en la economía y la calidad de vida, y por contraste, se saca a luz la problemática idolátrica. En estas cuestiones de moral se verifica la relación con el Dios Vivo, y se impugnan falsos absolutos de hoy que nos deshumanizan.

Un quinto aspecto: la identidad mediática.

Hoy tanto la economía como la comunicación configuran nuestros modos de ser. Tenemos los medios con su mercado de imágenes y sus formas de diversión. Ofrecen líneas de comunicación, y algo de arte; pero también pone muchas trampas, y nos invade la publicidad. Según Martín Hopenhayn, la comunicación moderna permite “recrear y pluralizar nuestra identidad” al interactuar con tantas imágenes de otros modos de vivir; pero a la vez hay “debilitamiento de las identidades por su exposición al flujo incesante de señales que las recubren, las interpelan y las disuelven” (19). Los expertos nos muestran que los Medios de Comunicación Social conllevan fantasía y frustración e impotencia, pero también contactos interculturales y crecimiento del imaginario y de una identidad pluralista. Ello tiene que ser discernido por la acción evangelizadora y por la labor teológica.

La sensibilidad e imaginario de las generaciones jóvenes depende de los MCS y la navegación por Internet. A estas realidades tiene que dirigirse el anuncio y la enseñanza de la fe. También son hechos que atañen a la reflexión teológica. Nuestra reflexión se basa en la Palabra. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios vis a vis tantas imágenes de los MCS? Las lecturas inculturadas de la Palabra suscitan alternativas reales a tanta simplificación y engaño. Además, tenemos el campo litúrgico y la creatividad en las celebraciones del pueblo. Allí contemplamos Imágenes de la Presencia viva y liberadora. Allí hay imágenes de la Belleza de Dios; que contrastan con la frivolidad y basura en muchos medios de comunicación. A fin de cuentas, a la Iglesia y la teología le preocupa que la comunidad humana avance al encuentro con el Misterio, que nos habla a través de imágenes de Vida.

(18) Testimonio de Heloísa Primavera, docente en Buenos Aires y líder de esta “Red Global”, en “A desmitificar el dinero”, en Forum Solidaridad Perú, 32 (2001) 18-19.

(19) Martín Hopenhayn, “La aldea global entre la utopía transcultural y el ratio mercantil”, en De Gregori y Portocarrero, obra citada, 17. Ver Armand Mattelart, La comunicación masiva en el proceso de liberación, Mexico: Siglo XXI, 1988; Gregorio Iriarte y Marta Orsini, Conciencia crítica y medios de comunicación, Cochabamba, 1997.

Por último, el aspecto espiritual.

Cada uno y todos los significados de “identidad” (biológica, genérica, sexual, social, económica, mediática, generacional, estética, religiosa, etc.) se entremezclan con la espiritualidad. Merecen ser tomados en cuenta en una labor teológica inculturada. Esta saca a luz continuidades y desencuentros entre dichos significados y la identidad creyente y espiritual. Además, desde la fe se lleva a cabo la reflexión, y esta favorece el crecimiento en la fe vivida en comunidad. Esta calidad espiritual no está suspendida en el aire; ella es indesligable de los condicionamientos ya mencionados.

Cabe aquí un deslinde con los espiritualismos de ayer y de hoy, y un deslinde con muchas corrientes fundamentalistas. Estos fenómenos conllevan formas de identidad unidimensional, propietarias de verdades y de salvaciones. Son actitudes auto-centradas; aunque invoquen a Dios y exalten lo espiritual.

Otro deslinde es con esquemas conceptuales que descalifican las diferencias. Pedro Morandé formula esta disyuntiva: “definir la identidad a partir de la diferencia... (que conlleva que) el triunfo propio y la derrota del enemigo es lo que conducirá finalmente a la identidad”, o bien, la identidad como “forma de pertenencia o de participación” que implica valorar “la tradición cultural de un pueblo” (20). Me parece que vale reconocer al otro, al diferente, sin agredirlo; y que un lenguaje participativo –que pasa por alto las diferencias– suele negar otras identidades. Los rasgos propios y las diferencias pueden dialogar entre sí y ser complementarios. La correcta relación con otro/a es condición de posibilidad para la identidad propia.

Ahora bien ¿qué es la identidad creyente? Es la identidad de creatura, dentro de la maravillosa obra de Dios. Es pues terrenal, cósmica; y es fundamentalmente la identidad-en-relación-con el Dios personal, que crea y salva. Además, es la identidad del pecador. Esto tiene señales concretas, según los elementos ya anotados en el terreno social, genérico, mediático, etc. En cuanto pecadores somos gratuitamente salvados por Dios a fin de vivir en plenitud. Esto nos conduce a la identidad de amar, ser responsable en la historia, contemplar imágenes de Dios y celebrar su presencia. Otra gran característica de la identidad es su desarrollo en la comunidad eclesial, cuyo modelo es el Misterio del Dios Trino. Además, la identidad tiene un sello escatológico; como personas estamos llamados aquí en la tierra y en el más allá a gozar la Gloria de Dios.

Concluyo. Al aproximarnos a los muchos significados que tiene la identidad salen a luz sus rasgos, problemáticas, contradicciones, potencialidades. No basta abordar la “identidad cultural” en forma especulativa y desencarnada (lo que abunda en documentos y reflexiones cristianas). Más bien nos conviene sopesar qué somos y cómo nos desenvolvemos en contextos globalizados y pluriculturales, conflictivos e históricos. En este sentido tomamos en cuenta los significados que las ciencias atribuyen a la identidad; esto afina nuestra mirada hacia complicadas realidades de hoy.

(20) Pedro Morandé, “Problemas y perspectivas de la identidad cultural de América Latina”, *El Mercurio* 14/10/1990, E8-9. La primera postura sería la de la Ilustración (‘diferenciación por oposición’) y la segunda postura correspondería a la ‘historia de las lenguas, al menos en la etapa de su oralidad’. Son temas de debate.

RESUMEN

“Evangelización en culturas mestizas en Chile”, Diego Irarrázaval.

En el pensamiento social, y también en el teológico, es bueno asumir la identidad y el proyecto mestizo. Tomo en cuenta la realidad chilena y latinoamericana, y varios modos de entenderla. También hago un replanteamiento de la teología y pastoral cristiana en base a procesos mestizos (y no a una “esencia mestiza” ni a una simple síntesis cultural). Hay que superar reticencias y omisiones en la evangelización de personas y realidades modernas que son mestizas; esto incluye lo intercultural y lo interreligioso. Las personas creyentes, y el conjunto de la Iglesia en Chile, puede aportar sus energías trascendentes y proféticas.

ABSTRACT

“Evangelization in mestizo cultures in Chile,” Diego Irarrázaval.

In social as well as theological thought, it is good to assume the mestizo identity and project. In the present article, the author takes into account Chilean and Latin American reality, and various modes of understanding it. He also makes a restatement of Christian theology and pastoral reflection on the basis of mestizo processes (and not upon a “mestizo essence”, nor a simple cultural synthesis). Hesitancies and omissions in the evangelization of persons and modern realities that are mestizo have to be overcome, including the intercultural and the interreligious. Believing persons, and the entire Church in Chile, can supply their transcendent and prophetic energies to this task.